

Done for me

honeyboo



Capítulo 1

what you thinking?

Beatrice y Josh siempre han sido compañeros. Se conocen desde que tienen por lo menos 3 años, pero a lo largo de sus vidas tan solo se habrán cruzado cinco palabras.

«¿Me dejas pasar?» una vez preguntó el chico a Beatrice. Esa ha sido su última conversación en años. "Conversación".

Nunca se han mirado más de lo necesario, nunca se han sentado juntos ni se han reído de la misma cosa. Ellos no son amigos. No se odian, no se conocen.

Y luego, un día, Amanda, la hermana del chico, dijo «esto no puede seguir así» y se desató una tormenta que los llevó a ambos a un psicólogo barato a las afueras de la ciudad. Josh no quería estar ahí, él detestaba hablar con la gente sobre qué está pensando o qué está sintiendo. Sólo quería que todo terminase pronto. La puerta del hombre se abrió abruptamente y él escuchó «gracias por la consulta de hoy» de parte de una aparentemente mujer joven que salía junto al doctor. Tenía el pelo negro y lacio, la piel oliva y los ojos verdes.

Era Beatrice. Pero a Josh no le importó.

Capítulo 2

i won't beg for your love

Josh está ahí parado, apoyado contra uno de los pilares y mirando a su alrededor. Está en esa fiesta de la que tanto le habló su amigo que hace horas que no encuentra. Tiene un vaso de vodka en una mano y las llaves de su coche en la otra. Él sabe que las dos cosas no son una buena combinación pero, para ser sinceros, a Josh le da igual. Igual que muchas cosas.

Mira a su alrededor y ve a Whitney, que es una chica con la que comparte varias asignaturas en la universidad, pero ella no parece ser la misma joven que siempre lo ayuda a tomar notas en clase. Está desnudándose para tirarse a la piscina que mucha más gente está ya ocupando. A él no le importa. Le sorprende, sí, pero no le importa.

También ve a Simon, que es parte de su equipo de soccer, mientras está literalmente comiéndole la boca a un estudiante de música de último año al que recuerda haber visto actuando muchas veces en espectáculos de la universidad. Simon no es tímido y siempre va al grano con lo que quiere y no quiere, y eso está bien. A Josh le da igual.

Menea las llaves del dedo índice al anular porque está aburrido y tiene sueño; es un efecto que suelen provocar en él los chupitos de más. Considera seriamente el arrancar su coche e irse a su casa porque es donde le apetece realmente estar esa noche, pero sabe que no está bien porque él no vive solo y su compañero está por ahí perdido y, cómo no, sin llaves. Así que se queda ahí apoyado y sigue a la espera de que algo pase.

Sus ojos lo llevan hasta una esquina de la sala, y habrá poca luz, pero Josh sabe reconocer una cara cuando ya la ha visto antes. La que está bailando con otro chico, con un vestido morado sin mangas y que apenas la cubre, con el pelo corto desordenado y una risa desinteresada es Beatrice. La ve totalmente restregarse contra el cuerpo contrario y hablar en su oído. La chica tampoco es tímida, se da cuenta él. Ha salido de fiesta muchas veces a lo largo de ese año y no la ha visto nunca en ninguna de ellas, aunque de todas formas tampoco es que haya estado prestando demasiada atención.

Josh quiere seguir matando el tiempo con las caras de otras personas, pero se encuentra a sí mismo incapaz de despegar la mirada del mismo sitio. Él recuerda a Beatrice en muchos escenarios distintos: en la actuación de fin de curso de cuando tenían 8 años, disfrazada de amapola. En el primer día de clase en el instituto, cuando las primeras separaciones entre clases se hicieron. En los pasillos de la escuela, con la mochila en

alto y manteniendo una conversación con sus propios amigos. En la graduación, embutida en un vestido verde y con el pelo en aquel entonces largo, recogido en un pequeño moño. En el primer año de carrera, cuando vio que mucha gente de su instituto había coincidido con él en asignaturas. En el segundo semestre, cuando un día la chica apareció con el pelo muy corto -como él mismo lo habría llevado- o, sin ir muy lejos, en los exámenes de final de año. Ellos han hablado un par de veces y se llevan bien, o al menos eso pensaba Josh hasta que ellos se encontraron un día del año anterior en la sala de espera de un psicólogo al que su hermana le obligó a ir. Beatrice se cuidó muy bien de siquiera tener contacto con él desde ese momento.

El chico no había preguntado nada, ni siquiera se saludaron aquel día. Una mirada de 5 segundos y fue suficiente para que ella saliera tranquilamente por la puerta y entrase él a la consulta del especialista.

Josh sabe que la gente normal se hace preguntas, como por ejemplo por qué estaría ella en el psicólogo o si tenía algún tipo de problema, sabe que la gente normal es curiosa y aclara sus dudas si tiene oportunidad. Pero a él, secretamente -o no tanto-, le da igual. De verdad. A veces sus amigos se ríen de él porque el chico es lo menos interesado por la vida de los demás que existe. Incluso si uno de sus compañeros de clase tuviera un grave accidente -ojalá que no, claro-, a él no le importaría. Probablemente le desearía una rápida recuperación, pero sabe que no sería gran objeto de su interés. A Josh no le importa la gente, y no es egocéntrico ni egoísta, él simplemente no quiere tener nada que ver con asuntos que ni le van ni le vienen. Ha sido así desde que era muy joven. Por eso no cuestionó ni se preocupó por Beatrice. Pero ahora la ve ahí bailando, y se deshace en dudas.

¿Por qué no se saludaron en ningún momento?, ¿es Beatrice una de esas chicas que precisa ayuda profesional para superar algún tipo de trastorno o, incluso, depresión? ella salía sola de la consulta, de modo que Josh descarta inmediatamente que sea algo relacionado con su familia. Él tiene curiosidad. «¿Hasta qué punto es eso bueno?» debería preguntarse, porque se está haciendo preguntas que no sabe si podrá responder.

El chico susurra algo al oído de ella e, inmediatamente, Beatrice asiente. Se alejan el uno del otro, hasta que la chica se queda sola. Parece que la sonrisa le dura poco. Josh no quiere quedarse mirándola y que ella se de cuenta, de modo que evita el contacto directo y vuelve a centrarse en sus llaves. O en Simon liándose con el chico de los recitales, lo que le sea más conveniente.

Ella lo está mirando, y él lo sabe. No es fácil ignorar esa sensación de invasión, y lo consigue hasta que ha pasado un minuto y sigue sintiéndose

observado.

Beatrice está apoyada en una mesa y mueve los pies al compás de la música, con los brazos cruzados y una sonrisa que es una mezcla de coqueteo y seguridad. La cara algo entornada y los ojos entrecerrados. Tal y como le está mirando, no es difícil adivinar lo que posiblemente pretende. Josh piensa que ella es -muy- atractiva, aunque también ha visto a un par de chicas que son más su tipo esa noche. Pero está curioso, de pronto no le dan igual las razones que ella tiene para ir al psicólogo. De pronto se siente ahogado y nervioso. La chica da algunos breves pasos en su dirección, se mezcla con gente y aparece frente a él. Más de cerca, el chico puede ver cómo su apariencia está más desgastada de lo que en un principio le pareció, las perlas de sudor cayendo por la frente de la ella. El pelo negro levemente ensortijado, un destello de audacia en su mirada, una sonrisa de «eres una apuesta segura» y un vaso con algún líquido ardiente dentro.

«¿No bebes?» Beatrice dice, refiriéndose al vodka de él.

«Tengo que conducir luego» responde Josh, con un hilo de voz. Preguntas agolpándose en su lengua.

Un psicólogo tampoco es nada del otro mundo, él sabe. Las personas que acuden a uno no están necesariamente locas ni son peligrosas. Y como ejemplo se tiene a sí mismo. Y de todas formas está confuso y quiere saber por qué ella va a uno. Puede imaginarse que tal vez es un tema personal que no va a compartir con un cualquiera, pero tal vez...

... tal vez, si le da algo de juego, ella se deje llevar y por fin obtenga las respuestas que ansía. Ambos obtendrían algo aquella noche. Y, siendo totalmente sinceros, Josh no está totalmente seguro de que Beatrice no le atraiga tanto como debería. No está seguro de nada, realmente.

Ella sonríe todavía más, pero no es una sonrisa dulce o aniñada, o simplemente agradable, él detecta.

«¿Vives muy lejos?» su cabeza ladeada y los delgados dedos poniendo uno de sus salvajes cortos mechones tras la oreja. Le da un trago a su bebida y vuelve a prestar total atención en el chico.

«Yo, un poco, en realidad» asiente. Su lengua pica por continuar la conversación, pero se ha quedado totalmente en blanco.

«¿Tú tienes la hora de psicometría, no? a mí no me engañas» dice ella, después de un par de segundos en completo silencio. A Josh le da la impresión de que tal vez no le termina de reconocer por la bebida, o si no

no le estaría hablando después de todo un año de vacío.

«Sí. Compartimos algunas asignaturas» cuando lo escucha, asiente lentamente.

«Eres Josh Butters. En realidad, ya decía yo que me eras muy familiar» responde.

Se encuentra a sí mismo estando completamente en la conversación.

«Y tú Beatrice. Hemos hablado un par de veces» continúa.

«Muy bien» celebra la chica «vamos, un pequeño premio» ruega, refiriéndose, de nuevo, al vaso de vodka. Le está pidiendo que beba con ella y el chico no está demasiado seguro de que sea lo correcto para luego conducir, pero de todas formas, tiene esa buena sensación de triunfo, de que tal vez no tenga que preocuparse por eso. Quizá es adelantado siquiera imaginarse eso y Beatrice está siendo tan solo amable, pero vamos, Josh sabe que no lo está siendo.

Ella inclina lo último de su propio chupito en la boca y él hace lo mismo.

«Vamos por más» su mano se instala en su muñeca y un escalofrío viaja por la columna dorsal del chico. Tira de él y comienza a andar haciéndose hueco entre la gente, dándole la espalda. Parece decidida.

«Vale» susurra para sí mismo, aunque sabe que no le han preguntado. Al cuerno con su compañero.

«¿Qué te gusta? en realidad sólo hay vodka y algo de ginebra, pero el vodka es para los de historia, no seas principiante, así que espero que te mole el Tanqueray porque no hay otra cosa» bromea ella mientras suelta su mano -para sorprendente disgusto de Josh- y le arranca el vaso de las manos.

Vierte mucho contenido en ambos y se lo devuelve con un aire envolvente y embriagador.

«Gracias» se siente como un personaje secundario en su propia escena, para ser exactos.

«¿Y qué tal llevas esta noche?» hay un leve acercamiento que es obvio que él puede notar, pero vaya, le da igual. Cuanto más cerca, mejor. O al menos esas son las bases para llevarse a alguien a la cama, piensa.

Josh no sabe en qué momento ha terminado aceptando que la joven es atrayente y que desea pasar la noche con ella, pero no cree que sea importante. Lo importante es que desea hacerlo, y ya está. Bueno, eso y

preguntarle para qué demonios va al psicólogo. No se olvida de eso.

«Bien» contesta rápidamente «pero oye, normalmente me da la impresión de que no te caigo muy allá. ¿Por qué estás ahora hablando conmigo?» no se puede callar esa duda. Él siendo curioso no es algo que se vea todos los días, así que, en realidad, no tiene las habilidades muy desarrolladas.

«¿Tú? dudo» pasó su pequeño brazo por el cuello de Josh. Otro escalofrío -multiplicado por cien- lo recorre, pero es un escalofrío placentero. Comienza a moverse lentamente, al compás de la música «que puedas caerle mal a alguien.»

«Te vi el año pasado en una consulta» ya no puede seguir tragándose las palabras, pero ella ni se inmuta, ni parece sentirse ofendida. Es más, ensancha su sonrisa y se acerca un poco más.

«Pero» Beatrice murmura, acercándose peligrosamente «no hablemos de eso ahora. Es más, no hablemos de nada» termina diciendo, antes de estampar sus labios contra los de Josh, a quien no toma por sorpresa. Lo toma nervioso, sí, pero consciente. Y totalmente satisfecho.

El contacto es delicioso -agrio, por cortesía de la ginebra- y cálido, envuelve sus sentidos y le hace olvidarse de la música y de los cientos de cuerpos que bailan a su alrededor. Enreda las manos en su cintura y la acerca todavía más, y ya le dan igual las consultas y las miles de dudas que mueren en su garganta. Le dan igual. Pero Beatrice no le da igual, oh, claro que no.

«Podríamos ir a un mejor sitio» vuelve a hablar ella cortando el beso, aunque no es un descanso muy largo. Se separan completamente cuando la chica le agarra -de nuevo- la muñeca y camina entre los jóvenes adultos que son ajenos a lo que pasa por sus cabezas y lo que pica en sus pieles.

«Hay habitaciones arriba. Podríamos» sugiere él, aunque se da cuenta de que el resto de la oración no es necesaria.

Mientras suben las escaleras, reconoce a su mejor amigo barra compañero de piso, quien le trajo a la fiesta y luego le dejó solo. Sería muy fácil para él soltar a la chica, alejarse y hablar con el joven, pero él ya sabe que el destino de su noche ya no está en sus manos, si no en las de Beatrice. No se ve capaz de rechazar nada que ella quiera darle, y eso no le da igual, pero lo embriaga más que cualquier chupito de vodka. De modo que gira la cabeza y sigue andando, arrastrado por la chica. Y se olvida de cualquier otra cosa.

Cuando encuentran un espacio libre y oscuro, se encierran en él. El golpe que Beatrice le propina al empujarlo contra la puerta es muchas cosas,

pero no suave.

Josh no es el mayor triunfador de la universidad, pero tiene sus encantos, y también su experiencia. Decide que cederle por un rato el control de la situación a la chica es interesante. «Bueno», piensa, entre risas contenidas, «como si yo pudiese arrebatárselo». Es admiración lo que está sintiendo por ella. Aparte de deseo, sí.

Sus bocas se estrellan en más de una ocasión, los labios de ella recorriendo su cuello y mandíbula. Leves empujones hasta llegar a una superficie blanca -que él detecta como una cama o un sofá demasiado grande-, y se tumban, uno encima de otro. Es el turno de Josh de explorar un poco de los encantos de Beatrice, quien le brinda libertad para invadir hasta donde quiera llegar.

Ambos están acalorados, en las nubes, pero él siente como si, todavía, hubiese una pequeña nube negra de tormenta sobre ellos. Por más que quiere, no es capaz de sacárselo de la cabeza, y sabe, él sabe, que no podrá hacer nada esa noche hasta que no resuelva sus dudas. Está preocupado -y siente que es estúpido y exagerado, es el momento de negar y dar excusas, pero no las tiene. Es estúpido y exagerado, y punto-sin remedio.

«Para, para» dice, levemente apartándola. «Hay una pregunta que tengo que hacerte.»

«Que no sea sobre psicología fisiológica, por favor Dios» ruega ella, bromeando, mientras vuelve a darle atención al cuello de él.

Josh quiere reírse, pero no puede.

«¿Vas al psicólogo?» suelta.

Beatrice deja su garganta tranquila y le echa una mirada.

«¿Enserio quieres hablar de esto ahora?» resalta, como si Josh no estuviera siendo nada inteligente en ese -ese- preciso instante.

«Yo» comienza a decir, pero se ve interrumpido por los cautivadores labios de ella, por millonésima vez.

«Olvídate de todo eso» susurra en su oído, y deja caer todo su peso sobre él. Las aterciopeladas manos recorriendo su espalda.

Josh no tiene fuerzas para pensar siquiera en decirle que no a eso. Claro que no.

El tiempo es muchas veces relativo, así que no tiene constancia de cuánto tiempo llevan desnudándose y manoseándose hasta que algo le sacude con fuerza. Es un sollozo en su oreja.

Capítulo 3

u think that u could be better off with somebody new

«¿Beatrice?» él pregunta.

«No, no pasa nada Josh, estoy bien» trata de proseguir.

El chico la aleja con cuidado y se niega a continuar con lo que estaban haciendo, porque ella está llorando y él tiene algo de decencia. Y humanidad.

«¿Qué te ocurre?» cuestiona de nuevo.

Se miran durante unos segundos.

«Esto ha sido un error» murmura ella mientras se levanta abruptamente y comienza a buscar su vestido -del cual se desprendió tiempo antes-.

«¿Qué?» decepcionado y confuso «¿es por algo que he dicho?» quiere saber. Porque lo que menos desea es herirla.

«No, no, tú solo» sigue ella balbuceando en voz baja, mientras está buscando algo que nunca encuentra «perdóname».

«¿Perdonarte por qué? si te has echado para atrás no pasa nada, no es nada por lo que debas disculparte» Josh no es uno de esos chicos que posiblemente la culparían y la obligarían a hacer algo que no quiere, no. Tiene sentido común.

«Yo, no es eso» Beatrice le presta atención, de repente. Ella no parece feliz. De hecho, parece destrozada. Tiene el rímel muy corrido y el pintalabios casi borrado, pero eso no es importante. Lo importante es su mirada de culpabilidad «no es que no quiera. Es que no puedo.»

Un golpe que lo sacude hasta la punta de los dedos de los pies.

«¿Tienes pareja?» se tiene que obligar a preguntar.

Beatrice se rasca las muñecas, nerviosa.

«No» contesta, con un hilo de voz muy fino y fácilmente rompible.

«¿Puedo al menos saber qué te pasa, entonces?» él se adelanta «mierda, no quiero presionarte.»

«Es que» y parece muy dolida cuando comienza a hablar, tiempo después. La mirada perdida «no me entenderías.»

«Inténtalo. Tal vez te sorprenda» Josh, decidido. Ya que no se acostará con ella, al menos quiere hacer algo bueno esa noche. No malgastarla. Tal vez motivos egoístas, pero ahí va otra cosa que le da igual.

Beatrice termina sentándose en el borde de la cama después de considerar sus opciones, y se mira las manos porque, él se da cuenta, está demasiado nerviosa y pequeña como para afrontar lo que va a decir.

Sus hombros se hunden y mantiene la cabeza gacha. Él solo puede ver su espalda.

«Querías saber por qué voy al psicólogo» afirmó.

«Sí.»

«En realidad» algo así como una risa nerviosa, tratando de destensar el ambiente, sale de sus labios «sí que te reconocí. No necesitaba que me dijeras que eras Josh para yo saberlo. Y te vi en la consulta del psicólogo. Y sí que te he estado ignorando todo este tiempo. Supongo que hoy, simplemente, me ha dado igual todo» alega.

El chico, sintiéndose de golpe muy confuso y como si le hubiesen tirado un cubo de agua fría. Ya no se palpa ese ambiente embriagador. Ahora todo es pesado y deprimente.

«¿Y por qué me has estado evitando?, ¿tan importante es para ti?» cuestiona.

«¿Importante?» ella pregunta, pero niega justo después «da igual. A fin de cuentas, soy una tonta.»

«Tú no eres tonta» Josh afirma, e intenta acercarse a ella, pero es rechazado.

«No, no, por favor. No me toques» ruega desesperada, ya llorando «no deberías ser tan bueno conmigo. No lo serías si supieras» comienza a decir, pero prefiere no terminar nada.

«¿Si supiera qué, exactamente?» reta el contrario. Ya está cansado. Y no le da igual.

«No, de verdad» Beatrice esconde su cara con las manos.

Él no tiene ni idea de qué demonios hacer para calmarla.

«Vale, tranquilízate» le pide, inexpertamente.

«¿No te das cuenta de que casi te utilizo esta noche?» el chico prefiere sólo esperar a que ella termine «eres sólo para olvidarme de otro.»

La realidad aplasta a Josh con toda su crudeza. Se siente engañado. También ofendido, pero sobretodo confuso y curioso. Tal vez «curioso» es una palabra muy blanca para sus emociones, pero es lo único con lo que él puede defenderse.

«¿Por qué» empieza, y no quiere terminar, porque tiene ganas de vomitar «has hecho esto?».

Se encoje de hombros.

«Porque estoy obsesionada y es lo peor que me ha pasado en la vida» reza ella.

«Cuéntame» dice Josh. Para él, ya es personal.

Y Beatrice no niega, sólo calla. No durante mucho tiempo.

«Aquel día, el de la consulta» comienza, y respira hondo para calmar sus palabras y emociones «yo no estaba ahí para hablar sobre mis problemas.» El estómago de él revolviéndose, porque ya sabe lo que está la otra por decir. Malditamente lo sabe «yo me acuesto con él. Lo del tema paciente-profesional, es sólo para aparentar.»

«¿Para aparentar?» no se contiene en expresar su evidente desconcierto Josh. Y desagrado.

«Para aparentar frente a su mujer y su hijo» concluye con una voz tan fina, tan débil, que él siente que puede evaporarse o desaparecer en cualquier momento.

Asiente. De pronto todo tiene sentido, y se siente tan estúpido y tan ciego, porque estaba tan claro que es incluso increíble que siquiera haya pensado en esa posibilidad. Beatrice acostándose con un hombre ya casado y con una familia real es un tema muy extraño como para hablar de él, pero no la frena. Quiere saber más. Saberlo todo.

«Pero si te estás acostando con él en su consulta, ¿qué problema hay con su mujer?» cuestiona.

«Es que» ella está sollozando sin remedio, la respiración entrecortada «su hijo es Daniel Degreene. Va a la universidad, y comparto clases con él.

A veces, a veces él va a la consulta de su padre a verle, y tenemos que tener cuidado» tartamudea sin control. Josh puede notar su miedo y desolación con sólo escucharla.

Ella no parece caprichosa, no parece enfadada. Parece sincera y desamparada. Sabe que está sufriendo.

«Sé quien es» simplemente corrobora.

«Al principio» se fuerza a continuar contando, mientras las lágrimas comienzan a caer sobre la alfombra «era sólo ocasional. Nos conocimos hace un par de años. Yo pensaba que era atractivo y tenía ese aire de intelectual discreto que me hizo caer enseguida. Todo, todo era muy fácil por aquel entonces, comencé a ir a su consulta incluso cuando él debía estar con los pacientes, pero es que no podía pasar tiempo sin él. Todo fue muy rápido. Unos meses y mi vida ya estaba girando a su alrededor» se toma el tiempo de volver a respirar hondo «conocí a su mujer un tiempo después. Primero estaba desorientada y algo celosa, pero luego no me importó. Yo sólo quería estar con él. Pero, con el tiempo, mi vida y la suya se iban solapando más. De pronto su mujer me estaba invitando a comer con ellos los domingos, porque sabía que yo era la paciente favorita de su marido. Ella, ella siempre pensó que me consideraba como una especie de hija. Siempre fue buena conmigo» dice, asqueada. Pero no con lo que está relatando, si no consigo misma.

Josh se empieza a hacer una idea de lo que Beatrice está sintiendo. Ella siente asco, rabia, cree que es culpable de enamorarse de un hombre que le dobla la edad y tiene la vida ya resuelta, una mujer con un corazón enorme -a la que está traicionando- y un hijo que, joder, está estudiando la misma carrera que ella.

«¿Y no has hecho nada durante estos años?» pregunta algo, solo para manifestar que sigue ahí. Con ella.

«¿Que si he hecho algo? claro. Mantener una estúpida relación que ya sabía desde el principio que no me iba a traer nada bueno y luego sentirme tontamente absurda y culpable de toda la mierda que hay en mi vida. Ni siquiera me interesa la psicología, yo sólo entré a esa carrera para complacerle.»

«¿Sigues viéndote con él?» se preocupa el chico. Es muy importante esa pregunta. Si la respuesta es afirmativa, significa que aún no ha pasado por lo más complicado.

Ella llora más y más.

«Cada vez que intento poner distancia entre nosotros, él se enfada y dice que está bien, y se larga. Pasan unas semanas y entonces vuelve y yo no

soy capaz de negarme porque, joder» se traba «es mi vida. Yo he cometido el error de hacerle mi vida.»

Josh asiente. Tiene razón, simple y llanamente. Beatrice ha cometido ese error, y no puede negarlo. Pero tiene esa incipiente y abrumadora necesidad de escucharla y luego decirle que tal vez no todo estará bien, pero que va a estar junto a ella para que todo duela menos. Ya son amigos. Ya lo son todo, se da cuenta entonces.

«Estás muy enamorada, ¿cierto?» no puede evitar preguntar.

Ella asiente -de nuevo sin remedio-.

«Pensé que tal vez estabas en su consulta porque Daniel te aconsejó que fueras. Me entró miedo, y decidí evitarte. Lo siento tanto» comenzó a disculparse «pensé que si me acostaba con otro me olvidaría de él. Pero no puedo, no puedo» termina la oración murmurando «no puedo más con esto. Vaya a donde vaya, incluso si estoy en la maldita universidad, todo tiene que ver con él.»

Josh ya no está enfadado. Quiere ayudarla. Hay algo en su interior que aprieta su corazón y no lo deja respirar.

«Oye, Beatrice» la llama, mientras se agacha frente a ella -quien sigue escondiendo su cara entre las manos- «mírame» exige. La chica le hace caso, y el estómago de Josh se revuelve por milésima vez porque los ojos de ella están húmedos e hinchados y su nariz está muy roja. Y le duele verla así «ahora que lo sé no voy a actuar como si no me importara, ¿vale? a partir de ahora somos amigos. Los amigos se cuentan las cosas, así que si necesitas cualquier mierda, solo tienes que llamarme. Voy a estar ahí para sujetarte si te caes. Pero tienes que poner de tu parte.»

La chica hace una rara combinación entre lloros y débiles sonrisas, y luego enrojece.

«No sé cómo se hace esto, Josh. Apenas nos conocemos realmente» admite ella. Tiene miedo, claro que sí. Él la comprende.

«Ya lo sé, lo sé. Pero aún así no puedo pasar de ti. Mírate, Beatrice. Estás destrozada. Soy lo suficientemente humano como para reconocer un grito de ayuda cuando lo oigo.»

«Y no me has contado por qué siquiera estabas tú allí.»

Frunce el ceño.

«Antes de vivir sólo, estaba con mi hermana. Ella y yo a veces teníamos

muchas diferencias, así que un día simplemente me obligó a ir.»

«¿Y tus padres?» ella se interesa.

Josh siente que la está haciendo olvidarse un poco de su desgracia, así que consiente el desvío. Sólo durante un tiempo, espera.

«Murieron hace tres años. Amanda, que es mi hermana, se hizo cargo de mi hasta cuando pude independizarme.»

Ella le mira, lo suficientemente empática como para hacerlo enrojecer a él también.

«Lo siento.»

«No fue culpa de nadie. Su coche chocó contra el de otra familia» oscuridad en sus ojos, Beatrice dándose cuenta de que las cosas no salieron tampoco bien para la otra familia.

Un silencio pesado.

«Quiero librarme de esto» habla ella deshecha, refiriéndose a, obviamente, todo. Porque sabe que todo lo que ha construido en los últimos años es para otra persona.

«No vayas a ir demasiado rápido. Estas cosas requieren tiempo y voluntad. Alejarse de una persona que te consume tanto es complicado, Beatrice» admite él, en voz baja. No quiere ser un mentiroso.

«Yo no puedo soportarlo más. Si él no quiere dejar a su mujer por mí, joder, eso solo significa que no le importo lo suficiente» asiente la chica, secándose los ojos. Está rota y muy harta «y si no le importo lo suficiente, entonces tengo que conseguir que él a mí tampoco.»

Josh, sintiendo admiración por ella por segunda vez en una noche.

Beatrice es parte de su vida ahora, lo sabe. No puede ni evitarlo ni negarlo. Tal vez no como él habría esperado o secretamente querría - porque ya es tarde y hay algo que hace que su corazón se acelere mucho cuando hablan-, pero va a ser capaz de vivir con ello si así consigue el bienestar de la joven. Está decidido. No contento, pero sí decidido.

«Creo que puedes hacerlo, Beatrice.»

Ella asiente, volviendo a manchar sus mejillas con lágrimas. Hay dolor en su corazón, eso es imborrable. No sentirse asqueada y culpable de un día para otro no es posible, él lo sabe. Por mucho que asienta y sonríe a partir

de ahora, eso no significa que se esté recomponiendo. También lo sabe.

Hay muchos factores que hacen que se de cuenta de que se está metiendo en la boca del lobo. Pero, vaya. A Josh le da igual.